

La globalización y sus disgustos

Benedict Anderson

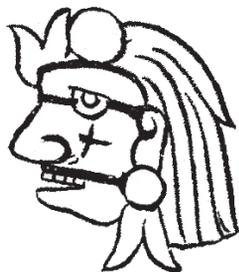
Ya circula en español *Una vida más allá de las fronteras* (FCE, 2020), un volumen esbelto pero sustancioso que recoge las memorias profesionales de Benedict Anderson (1936-2015). A diferencia de Perry Anderson (1938), su hermano menor, Benedict es para muchos, aun ahora, el autor de un solo título esencial: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (1983), un joven clásico entre los estudiosos de la historia, la antropología y la literatura. Y al igual que Perry, Benedict amplió su visión del mundo en el estudio de historiadores como E. P. Thompson y Eric Hobsbawm. El siguiente escrito es la versión mecanoscrita de la conferencia que impartió Anderson en el Seminario de Verano de Estudios Irlandeses de Notre Dame y apareció en *Field Day Review*, volumen 1, 2005. Nota y traducción de Antonio Saborit.

LA TEORÍA DE LOS SISTEMAS-MUNDO sostenía por lo general que una forma temprana de la globalización se registró desde el siglo XVI, con las vastas conquistas europeas en el hasta ahí desconocido Nuevo Mundo, la conversión del Pacífico en lo que los gobernantes españoles llamaron *mare clausum*, el dominio sobre el comercio marítimo transasiático de los portugueses, holandeses y eventualmente los británicos, sucesivamente, y el sometimiento de los litorales occidentales de África a un amplio, cruel y transatlántico comercio en carne humana. Algunas décadas atrás, la teoría de los sistemas-mundo colocó como un problema central la división del mundo en núcleos/metrópolis con un enorme poder económico militar y en círculos concéntricos planetarios a su alrededor, semiperiferias subordinadas y periferias distantes semejantes a Plutón. A esta amplia perspectiva histórica derivada del marxismo le tengo una gran simpatía.

Pero aquellos que consideran que la globalización es algo realmente moderno tienen otras ideas. Una perspectiva es que la globalización (hablando políticamente) naciera con la

estandarización normativa de la nación-Estado alrededor del mundo. Aquí, el periodo decisivo es 1911-1919, al deshacerse los imperios “multinacionales”: el otomano, el Hohenzollern, el Ching, el Romanov y el Habsburgo. En esa época, la añosa normalidad de la Monarquía llegó a un final abrupto —los monarcas activos políticamente permanecieron nada más en naciones aisladas, como Japón y Etiopía, pero no por mucho tiempo—. Con ella se fueron los medios de una continuación a largo plazo del orden colonial —creado fundamentalmente por los estados monárquicos—. Acaso el signo más claro de esto fuera que el Reino Unido, uno de los ganadores de la primera Guerra Mundial, perdió un cuarto de su territorio “doméstico”, lo que sería el Éire, en los cinco años siguientes al final de la guerra. Sinn Féin ya era un término familiar en la colonial Burma, cuyos jóvenes patriotas tradujeron el nombre (*Thakin*) y se lo aplicaron a ellos mismos. En cuanto a Francia, el otro gran ganador europeo, los mismos “cinco años de guerra” vieron el inicio de una forma moderna de resistencia tanto en Vietnam como en Argelia —señal de que los desencantos de esta forma de globalización producían oposiciones políticas efectivas—. De manera más poderosa y profunda, la hegemonía normativa de la nación —ya no había más imperios multinacionales en Europa— se entendió gradualmente como algo esencialmente incompatible con el colonialismo, al que ya no se podía considerar como un condición permanente, sino más bien como un periodo de tutelaje para la eventual emancipación de los nuevos estados-nación “normales”. En el transcurso de 40 años, los imperios británico y francés ya habían en buena medida desaparecido, y con muy poca violencia, sorprendentemente —aunque con grandes excepciones como Vietnam, Argelia, Kenia y Chipre, por omitir a Irlanda.

Durante más de un siglo se puso el piso para este nuevo orden del Estado-nación, empezando con la explosión de nuevos estados independientes excoloniales en América (de 1776 hasta 1830), seguido por luchas por toda Europa desde 1820 en adelante. Su culminación: la tecnología; las migraciones transnacionales del Tercer Mundo; la hegemonía del liberalismo del Mercado Libre alrededor del globo; las corporaciones transnacionales de gran tamaño y las operaciones a nivel mundial; los movimientos de capital financiero en una escala colosal y a velocidad de la luz; el dominio lingüístico del inglés estadounidense; la aparente consolidación de la Comunidad Europea con los acuerdos de Maastrich; y por último, mas no por ser menos, la posición de Estados Unidos como hegemonía mundial, empujando a los otros estados-nación en su poder



militar, político, económico, tecnológico y de su cultura popular. También, uno está tentado a añadir a esta lista, la escala de su hipocresía.

La lista parece espectacular, pero hay que hacer distinciones. Por ejemplo, las migraciones en verdad grandes a la Europa Occidental provenientes del Tercer Mundo entre 1945 y 1973, a una escala de veinte millones de personas. Sin embargo, en Estados Unidos la migración no empezó sino hasta los novecientos setenta, cuando la cifra anual era más elevada que el punto culminante de los años de migración en el paso del siglo XIX al XX. De hecho, Francia tuvo tasas de migración más elevadas que las de Estados Unidos en los cincuenta años previos a la primera Guerra Mundial. Existen dos diferencias significativas entre entonces y ahora. Primero, el movimiento proveniente de Asia, África, la América española y el Medio Oriente, antes que de Europa Oriental (entendida en su acepción más amplia), fue cada vez mayor. Segundo, los migrantes ya no huyen de los imperios, sino de sus propios “estados-nación”. Vale la pena señalar, además, que sus medios de transporte son sólo versiones mejoradas de lo que ya existía después de la primera Guerra Mundial: el aeroplano, los vehículos de motor de gasolina, vapores y trenes.

Es fácil olvidar que a finales del siglo XIX, el telégrafo ya había hecho posible y hasta barata la comunicación instantánea alrededor del mundo. Para los novecientos veinte, el radioaficionado estatal, comercial e individual ya tenía el mismo alcance. Hollywood lleva unos cien años. Hace siglo y medio, Sir James Bowring, con un estilo que la avenida Madison aun no logra mejorar, había proclamado que el “Libre Comercio es Jesús y Jesús es Libre Comercio”. Y hasta 1900, más o menos, la Bretaña imperial fue un mercado libre más genuinamente que lo que fue Estados Unidos. También resulta fácil para la gente sin mucha memoria histórica el pasar por alto la escala, la velocidad y el carácter especulativo del capital financiero, tal y como ya se había desarrollado hace un siglo—véanse las celebradas obras de Hobson, Hilferding, Rosa Luxemburgo y otros—. Lo que en realidad carece de precedentes es principalmente la actual hegemonía de Estados Unidos, el mayor deudor en la historia del mundo; la “globalización” es sólo un eufemismo académico-burocrático de esa hegemonía.

Si este diagnóstico de la globalización es preciso, ¿cuáles son sus peculiares resultados sociales, políticos y culturales, incluyendo sus disgustos? Muchos de éstos se pueden enlistar bajo los términos “dispersión”, “fragmentación”, “localización”. Resulta sorprendente, por ejemplo, que conforme se acelera la

Lo que en realidad carece de precedentes es principalmente la actual hegemonía de Estados Unidos, el mayor deudor en la historia del mundo; la “globalización” es sólo un eufemismo académico-burocrático de esa hegemonía.

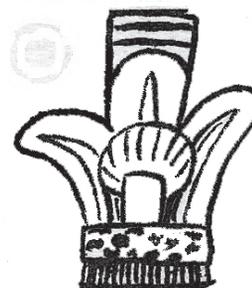
La intensificación publicitaria, el desarrollo técnico y el surgimiento de grandes conglomerados han ampliado mucho la “elección del consumidor”.

“globalización” crece el número de países en Naciones Unidas, de manera inevitable por el rompimiento o la fragmentación de otros estados. El ejemplo más espectacular es la antigua Unión Soviética. Esperan en la cola: Tibet, Taiwán, Kurdistán, Assam, la Sahara Occidental, Papúa Occidental. No queda claro del todo que el capital transnacional encuentre que tales entidades sean más sencillas de lidiar que Turquía, Indonesia, Marruecos o hasta China. No obstante todas sus debilidades, la nación-Estado sigue siendo una institución indispensable, por medio de la cual quienes así lo deseen puedan trabajar para frenar al “imperio del mal” de la actualidad, ayudando a crear conformidad con las reglas elementales necesarias para preservar al planeta del desastre ambiental y de los peores instrumentos de violencia. Se puede ver esta necesidad al observar la historia de las luchas obreras; los primeros pasos indispensables fueron una miríada de huelgas, paros, manifestaciones, encuentros a puñetazos y sabotajes. Pero los logros sólo se volvieron durables una vez incorporados a los estatutos legales aplicables y una vez creadas las burocracias con capacidad de imponer la ley. Cuando hubo un estatuto que prohibiera el uso del trabajo infantil en las minas, y los dueños de minas temían acabar en prisión al desobedecerlo, este tipo de abuso en muy buena medida llegó a su fin.

Cuando fui por primera vez a estudiar a Estados Unidos, hace más de cuarenta años, existía un Hit Parade unificado de música popular, la ciudad de Nueva York tenía varios periódicos razonables y la televisión era regida por el triunvirato hegemónico de la CBS-NBC-ABC. Todo esto desapareció hace mucho tiempo. El mundo de la música popular está completamente fragmentado, con una docena o más de mini Top-Tens: *rhythm and blues, bluegrass, rap, soul, blues, dixieland, folk, rock-folk, reggae* y demás. La intensificación publicitaria, el desarrollo técnico y el surgimiento de grandes conglomerados han ampliado mucho la “elección del consumidor”. El resultado más notable es que la escucha puede estar sintonizada 24 horas diarias en estaciones-nicho especializadas que sólo programan la música que a ella le gusta. Ella ya no está “obligada” a escuchar el amplio espectro que en la música significa la “esfera pública”. El mercadeo de nicho ha tenido una consecuencia extraña más. En los novecientos sesenta, cuando llegó de la nada el libro fundacional de Gil Scott-Heron, *The Revolution Will Not Be Televised*, emparedado entre algo de Frank Sinatra y algo de Earl Scruggs y su banda de *bluegrass* de Kentucky, aún se puede sentir como un fascinante clamor personal en la selva. Pero el nicho ha hecho factible el contar

con “La Revolución” y sus nietos todo el tiempo, de suerte que ha perdido su aura y se ha diluido en la tundra de la música de fondo. Los competidores locales del *New York Times* han quedado fuera del negocio, pero el periódico como registro sigue siendo un periódico provincial, aunque ha estado proliferando de manera alarmante secciones del “nicho”. El triunvirato de los viejos conglomerados de la TV hoy tiene menos de un tercio de la lealtad de los espectadores, pues su “amplio público general” ha venido a menos y mi propia TV me ofrece, si estoy dispuesto a pagar, más de 150 canales, de los cuales todos virtualmente son “nicho” en uno u otro sentido. La gran institución pública del cine lleva años en caída. La experiencia de ver, como un infante de 11 años en Waterford, el episodio más reciente del *Llanero solitario* en el Savoy local, junto con enchalados curas de rostros apenados, madres y niños llorosos en busca de algo de calor en el invierno, hordas de niñas y niños pubertos; o de ver *La batalla de Argel* en los novecientos setenta en una sala de cine ubicada en la sección negra de mi pequeño pueblo, ya es difícil de encontrar. Los gritos del público, las advertencias al héroe o a la heroína, las groserías contra los malos y los duelos entre los asistentes han sido reemplazados por la soledad de ver en casa videos, DVD y demás. En las tiendas, éstos están acomodados estrictamente sobre la base del nicho, salvo por los más recientes. La privacidad de la casa, del cuarto de hotel: los lugares más alejados de la política, de la multitud, y de las solidaridades públicas.

En la esfera de lo político existen obviamente transformaciones paralelas. En los novecientos sesenta, cuando era un modesto estudiante radical, iba con mucha frecuencia al Free Speech Movement en el campus de Berkeley y devoraba el pasquín radical local, famosamente titulado *The Berkeley Rab*. Los editores del pasquín eran, creo, auténticos socialistas; pero lo que entonces me impresionaba era el contraste entre sus llamados editoriales en favor de la solidaridad en lo que más adelante se denominaría la “coalición arcoíris”, y las implicaciones opuestas del formato del resto de la publicación, que tenía secciones para gays y lesbianas, después separadas entre sí, para mujeres, para negros, para chicanos, para trabajadores, para nativos, para asiático-americanos, para ambientalistas, para los devotos de la comida sana y demás; y cada una de estas secciones daba la impresión de ser un mundo en sí mismo para el lector. El proceso de creación de nichos, el cual también ha tenido su lado bueno, claro, desde entonces se ha desarrollado más ampliamente. El sistema



político estadounidense se ha adaptado al proceso, realizando concesiones fragmentarias locales a este grupo o a aquél. Pero al mismo tiempo, a lo largo ya de tres décadas, la participación electoral ha estado en un descenso constante en promedio; quienes se dedican a las ciencias políticas siguen debatiendo de qué se trata esto: ¿enajenación masiva o no? Los partidos políticos son una sombra de lo que eran hace una generación, proliferan las campañas de un solo tema, en lo que el silencioso “gobierno permanente” se consolida a sí mismo.

Estos procesos tienen sus análogos en la arena global. He descrito de manera diversa la tendencia conforme al ascenso del nacionalismo vía internet, el correo electrónico y la larga distancia. Los amplios flujos poblacionales por encima de las fronteras nacionales y por lo general rumbo a los países más ricos y seguros en el norte, están creando números considerables de personas para las cuales la ciudadanía y la nacionalidad son muy diferentes. Un aspecto espectacular de esto, y menos serio, es que un millonario canadiense que es magnate de la computación no hace mucho compitió contra Lech Walesa por la presidencia de Polonia. Menos espectaculares, y más serios, son los mexicanos ricos en Nueva York, que compiten por las alcaldías de sus pueblos natales en Oaxaca y Michoacán desde Manhattan. Pero más significativo —y esto se desarrolla con el creciente ascenso de la doble y hasta de la triple nacionalidad— es el hacer uso de la información global y de las redes, y de las facilidades financieras para jugar a la política en los países que, por motivos diversos, abandonaron. Los ejemplos célebres: el alcance global de los Tigres Tameses en la diáspora tamil sobre todo en Europa y América del Norte; la destrucción de la mezquita de Barbi en India, la cual llevó a la peor violencia sectaria desde la partición, encabezada por el Consejo Mundial Hindú, que tiene su cuartel general en Inglaterra; y más recientemente Al-Qaeda. Se podría decir que redes de este tipo existieron en las décadas anteriores, con las operaciones de la República de Irlanda en Inglaterra y Estados Unidos como ejemplos precisos. Sólo que las diferencias son notables. En tiempos anteriores, el perro solía mover la cola: los activistas en casa emitían llamados de apoyo a la diáspora; pero esta situación amenaza con modificarse a una en la que las colas ultramarinas mueven la cola a los que están en casa. Croacia en los noventa es un claro ejemplo.

Así, la política de identidad de la diáspora significa típicamente un divorcio entre nacionalidad y ciudadanía. El nuevo “ciudadano” paga impuestos, cumple la ley y tal vez vota alguna vez en el país elegido de su exilio; pero su verdadera postu-



ra política —la cual puede significar propaganda, tráfico de armas, intervenciones financieras— se realiza en un lugar en el que no es ni responsable ni arrestable ni sujeto a pagar impuestos, y en el que posiblemente no se moleste ni siquiera en votar. Este tipo político se ha visto muy estimulado por la tecnología de la computación y por el internet, en donde es posible, 24 horas al día, estar al instante con personas a miles de millas de distancia o intervenir en acontecimientos en el momento que guste. Más aún, las redes cruciales son nichos cerrados en sí mismos. Así se está 24 horas diarias en Tíbet en *Tibetnet*, Sri Lanka en *Tamilnet*. Lo crucial es el contraste hasta con el periódico más partidista: la ausencia de un “público general”. En la red armenia no hay necesidad de leer nada sobre un azerbaijani, pero en el periódico siempre existe la posibilidad de una carta airada al editor de un residente furioso en Bakú. Estos nichos no promueven de una manera inevitable una política engañosa o hasta paranoide, pero ciertamente forman un espacio más amistoso para ellos, que las viejas formas de mediación pública. Un alumno mío esloveno, inmigrante en Australia, ha estado estudiando la diáspora croata, serbia y eslovena a ese país; y sus hallazgos sugieren que esta gente con frecuencia tiene visiones erróneas de sus distantes patrias y que con frecuencia son más sectarios y fanáticos que su gente en casa. Sería fácil dar con ejemplos de lo mismo entre los irlandeses en Estados Unidos, los ucranianos en Canadá, los filipinos en Holanda, los iraníes en Suecia y demás. También es muy probable que en estos nacionalismos de larga distancia se canalizaran las frustraciones de la marginalidad de los inmigrantes en el país de residencia. ¿Es posible que Estados Unidos —en donde cada década llegan 15 millones de inmigrantes— tenga tan baja tasa de participación electoral debido a que muchos recién llegados, y probablemente hasta sus hijos, viven sus pasiones políticas en las pantallas de sus casas? Al-Qaeda no es de ninguna manera un movimiento “nacionalista” y su fanatismo no es nada nuevo en el mundo. Pero está encerrado en sí mismo a la manera de la alta tecnología actual.

Finalmente está la globalización, entendida tan sólo como el dominio estadounidense del planeta a un extremo nunca antes logrado por algún otro poder. No hay duda sobre la fuerza militar de Estados Unidos; su poder económico es enorme, pero descansa en el ingreso (hasta 2001) de unos mil millones de dólares diarios en inversiones y depósitos extranjeros, y la mayor deuda externa en la historia del mundo. Mucho se ha dicho del poder de Hollywood, pero es probable que su impacto sea principalmente entre jóvenes, el cual se desvanece

Sería fácil dar con ejemplos de lo mismo entre los irlandeses en Estados Unidos, los ucranianos en Canadá, los filipinos en Holanda, los iraníes en Suecia y demás.

conforme crecen éstos. En todo caso, como hace mucho lo sostuviera Gramsci, la verdadera hegemonía descansa en una mezcla de fuerza y consentimiento. Este consentimiento, a su vez, descansa, como nos los mostró Joseph Conrad, en la autorrepresentación de las ideas universalistas. Estados Unidos ha tenido por mucho tiempo dos grandes ideas: *Libertad e Igualdad*. La Libertad fue un triunfo en la mano estadounidense durante la Guerra Fría; la Igualdad permanece como un símbolo poderoso contra la servidumbre, contra la discriminación, contra el privilegio aristocrático y todo lo demás. Éstas no son de ninguna manera Ideas-sólo-para-Exportar. En los novecientos cincuenta, después de Sudáfrica, Estados Unidos era la segunda sociedad más desigual en el mundo. Dentro del mundo occidental era casi con toda seguridad la más sexista y homofóbica. Pero para el inicio de los novecientos setenta, la mayor parte de su formidable sistema de segregación se había derrumbado; vino después la emancipación de las mujeres (dentro de ciertos límites), luego la de los gays y la de las lesbianas. En ambos casos, el ejemplo de la autoemancipación de Estados Unidos tuvo amplias consecuencias, y en buena medida positivas, en otros países.

Sólo que la Libertad y la Igualdad no son compañeros de baile naturales y tienen una relación dialéctica compleja entre sí. Hoy en día, Estados Unidos tiene la segunda población carcelaria más grande del mundo (después de China), en la que los negros representan un parte desproporcionadamente enorme —una generación después de la segregación—. La libertad (de elección) se ha empleado para lastimar la solidaridad sindical; la misma libertad ha creado una enorme desigualdad económica más allá de cualquier otro país industrial avanzado. En algunas industrias, los jefes han estado ganando casi 420 veces más el salario de los trabajadores básicos. En la gran batalla en torno al aborto, es característico que las fuerzas en favor del aborto legal describan su postura muy exitosamente en términos de “Libertad de Elección” (el feto no nacido no tiene ninguna claro está). Sus adversarios despliegan exitosamente su “provida” (la cual es también la igualdad del feto), al tiempo que son partidarios abiertos de la pena de muerte que es casi obsoleta en casi todos los demás países avanzados. No es de sorprender que estas aporías y paradojas resulten más evidentes en las actividades globales de Estados Unidos. Esto sugiere que esta concepción de la globalización de hecho no está globalizada por completo. Durante la Guerra Fría —emprendida en parte en nombre de la Libertad—, Estados Unidos creó o dio un amplio respaldo a muchos regímenes terribles, incluidos por un tiempo



los de Saddam Hussein en Irak, Guatemala, Nicaragua, Chile, Brasil, Argentina, Uruguay, Sudáfrica, Corea del Sur, el Taiwán de Chiang Kai-shek, Indonesia, Vietnam del Sur, Pakistán, Arabia Saudita, el Congo de Mobutu, las Filipinas de Marcos, el Israel cuasi-apartheid. De manera directa, o por medio de sus allegados, Washington mató a más extranjeros que cualquier otro país del mundo. En los novecientos sesenta y en los novecientos setenta arrojó una mayor cantidad de bombas en Laos (población de cinco millones) que las que se arrojaron en Japón y en Alemania juntas durante la segunda Guerra Mundial. Las cosas se han vuelto más difíciles desde la caída de la Unión Soviética. Corea del Norte no es una creación de Estados Unidos y cuenta con un amplio arsenal nuclear; Saddam Hussein habría desaparecido hace 20 años en la guerra entre Irán e Irak si Estados Unidos no lo hubiera rescatado a él y a sus fuerzas armadas con gas envenenado. El apoyo a la agresividad de Israel se podía defender en la Guerra Fría como algo esencial para contener los avances soviéticos “totalitarios”; hoy en día se ve más como blandenguería frente al poderoso cabildeo doméstico judeo-israelí. El lenguaje de “Nosotros lo haremos solos / Sin importar lo que digan otros / Haremos lo que se necesite por conservar lo nuestro” es el lenguaje del apartheid sudafricano, no el de un verdadero estado hegemónico.

Parte de la Libertad fueron siempre los Mercados Libres, a pesar del hecho de que históricamente Estados Unidos ha sido proteccionista en buena medida. La flagrante tarifa proteccionista del gobierno de Bush a la superada e ineficiente industria del acero estadounidense, los enormes subsidios antimercado libre para las agroindustrias estadounidenses minan gravemente el poder ideológico del Mercado Libre en todas partes. Es muy fácil interpretar todo esto como “Ustedes me abren sus mercados; pero nosotros no abrimos los nuestros”. Durante las crisis financieras de Asia y de México, Washington una y otra vez denunció píamente el capitalismo de cuates, la falta de transparencia, la corrupción y demás en nombre de los mercados libres. Pero los recientes escándalos financieros en Estados Unidos empequeñecen lo que hubiera salido en Seúl, Bangkok, Ciudad de México y Yakarta. Más aún, se ha juzgado a los presidentes de Corea e Indonesia, el ex presidente de México salió del país, y al primer ministro de Tailandia se le sentenció formalmente. Nadie espera que el vicepresidente Cheney, ya no digamos el presidente Bush, experimente una suerte legal semejante. Hablar de igualdad y libertad es más incierto cuando Estados Unidos, con el 5 por ciento de la población mundial, produce una cuarta parte de sus emisiones



Una dificultad más es que la mayoría de los estudios históricos han mostrado que la mayor parte de los poderes industriales exitosos fueron, durante buena parte de su historia, altamente proteccionistas [...].

de gas y rechaza con brusquedad el Protocolo de Kyoto. Estados Unidos es también una buena parte del 20 por ciento de la población mundial que controla el 8 por ciento de los activos del mundo. El nivel de desigualdad en el marco global excede con mucho cualquier medida doméstica y en cualquier Estación sería completamente intolerable. Una dificultad más es que la mayoría de los estudios históricos han mostrado que la mayor parte de los poderes industriales exitosos fueron, durante buena parte de su historia, altamente proteccionistas; que más y más investigación contemporánea muestra que la introducción forzada de las políticas neoliberales del mercado libre ha resultado ruinoso para muchos países del Tercer Mundo. Nada de esto se ha perdido en el resto del mundo, aun cuando no lo entiendan muchos en Estados Unidos.

Se ha de dar algún percance en diferentes formas. Entre éstas están la resistencia extranjera a las doctrinas antimerca- do libre sobre los “derechos de propiedad intelectuales”. La piratería a gran escala es la causa más común. Pero India y Brasil, contra la enorme presión de Estados Unidos, producen medicinas genéricas antisida que necesita desesperadamente su población. Esta tendencia ha de continuar con toda seguridad. Luego está la enorme proliferación de ONGs en las dos últimas décadas, incluidas muchas establecidas en Estados Unidos. Con sus redes internacionales y su institucionaliza- ción pobre, estas organizaciones son más difíciles de molestar y de sobornar que lo que son muchos jefes de Estado y gobier- nos. También tenemos hoy el regreso del nacionalismo y de la protección de las industrias locales de la penetración estadou- nidense, visible en partes de América así como en Europa. Un símbolo de revitalización cultural es Al Jazeera, la cual es bastante más abierta a las opiniones encontradas que cualquier red de televisión estadounidense y cuenta con un gran aprecio en el mundo árabe. Tras una paliza inicial de parte de la CNN, Tailandia respondió con la producción de su propio programa de noticias mundiales que es bastante mejor que el de la CBS o el de la NBC. Los lugares creativos en el cine mundial no están en Hollywood sino en Taiwán, Irán y hasta Tailandia. Y están los movimientos políticos globales simbolizados por las palabras Seattle, Génova, Río. Es sorprendente o vulnerable que es este nuevo sistema-mundo en su centro tecnológico —y por tanto financiero—. Un adolescente en Manila es capaz de crear un virus de computadora que le cueste a los especuladores de Wall Street muchos millones de dólares. La distancia entre el Estado Hegemónico y el Estado Pícaro es más corta de lo que mucha gente está acostumbrada a pensar.